

LABORES BENÉFICAS

La mendicidad en Almería



El contingente menesteroso que pulula por nuestras calles va creciendo de día en día; y esa población indigente que constituyen la infancia que delinque y la mendicidad callejera, puebla ya la más insignificante calle de Almería, con censurable impunidad.

¿Qué cuadros de miseria contemplamos a diario y cómo se observa, dolorosamente, la labor que realiza esa Junta que han dado en llamarla de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad!

Y decimos esto, porque, no obstante integrarse dicha Junta por autoridades y personas de acrisoladas virtudes y reconocidos méritos, sin embargo, afirmamos, que en Almería... ni se protege a

la infancia, ni se reprime la mendicidad.

¿Dónde podremos hallar el testimonio tangible de la acción tutelar de la mencionada Junta? El tiempo que hace viene actuando dicho organismo y los hechos que en la práctica se suceden, nos ofrecen, elocuente y contestación tan lastimosa que, lamentablemente, nos obliga a confesar la falta de celo de la mayor parte de los señores que la constituyen.

Existente una Tienda Asilo, en la que no sabemos hasta dónde llega la «generosidad» de la Junta. Pero sí es cierto que dicha benéfica casa (de la que nos ocuparemos detalladamente en otra ocasión) se nutre, económicamente, de ingresos particulares, de la caridad privada, anónima... y en muy contadas ocasiones, de la caridad oficial, cuyas dádivas tienen una resonancia tal, un ruido exhibicionista tan marcadamente intencionado, que pierde todo el mérito y toda la sublimidad de que está saturada esta virtud cuando, silenciosamente, se testimonia a la propia conciencia el amor al prójimo desvalido.

También existe un Reformatorio donde halla cariñoso y preventivo albergue la infancia y juventud delincuentes; donde aquellos niños que, iniciados en la corrupción, vulneraron los preceptos del orden y garantía social, encontraron su verdadera casa, esa casa donde se escuda el indigente, que delinque en la calle, ante los infames trallazos y canchales ejemplos que le ofrecieron en la misma calle, en la calle donde, si «ligeras las leyes, fué sin duda porque no tuvo protección.

A ese Reformatorio, donde a la par que se reprime la delincuencia, se protege la mendicidad, por expresa disposición de una mayoría de miembros de los que componen la Junta, se le retira una subvención exigua que de ella recibía.

En tanto, la mendicidad y la delincuencia se deslizan libremente por esas calles, y la Junta de la Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad sigue actuando...

Sirvan esas líneas al mencionado organismo como lenitivo a sus errores, siempre y a condición que ellas provoquen una reacción en el ánimo de los señores de la Junta. Tras de la acción viene la reacción: aquélla ha sido nula; ésta debe ser abiertamente, proteccionista de la infancia y represora de la mendicidad.

NUESTROS CUENTOS

Vicio y Virtud

Envuelta en sedas y recostada indolente en el interior del elegante coche que arrastraban dos hermosos caballos, iba Custodia, la bella viudita que frecuentaba los más picarescos «cabarets» y los más elegantes salones de la villa y corte.

Dirigía sus claros y rasgados ojos en torno suyo, no faltando jamás en sus labios una encantadora sonrisa dedicada a los muchos elegantes que, respetuosos unos, y familiarmente otros, la saludaban.

La vida de Custodia no era muy ejemplar, según decían gran número de personas; su estado de viudita frívola y coqueta, así como su marcada desviación de la moral hizo que la crítica, quizá de alguna envidiosa, se cebara en ella, presentándola como una mujer desahogada, sin corazón, sensual y amante de toda clase de placeres.

No obstante, Custodia era caritativa, prestando con frecuencia su apoyo al necesitado; pero este apoyo lo hacía en público, sin reserva, por lo cual, el bombo de una limosna cuantiosa, era la admiración de los demás. ¡Miserables limosnas salidas de las manos de una mujer ambiciosa de renombre!

Y ese renombre que ella anhelaba como complemento de su vida lo alcanzó siendo la mujer más elegante de Madrid.

Entre nosotros hay muchas como ésta; el mundo se ve plétórico de seres mezquinos; materialistas incansables que sólo viven para el placer de la carne. Son seres con cerebro y que carecen de alma; que perdieron el corazón en el camino de su vida y no lograrán encontrarlo porque ya se hallan perdidos en el infierno de una existencia frívola y voluptuosa.

Uno de estos seres era Custodia, la viudita elegante que encontramos en su flamante coche paseando por el Madrid moderno.

Detúvose el carruaje y de él saltó Custodia dirigiéndose a la acera en donde atolondradamente abrazó a una joven enlutada.

—¡Tú, María!

—¡Yo, Custodial!

—Pero chica, ¿cómo vas tan enlutada? ¿Quién se te ha muerto?

—Mi marido. Hace dos meses... que murió.

—¡Válgame el Señor! Ea, no hay que apurarse, mujer.

—¡Sí, Custodia, tú bien sabes lo mucho que le quería!

—Olvida y no seas tonta. No te molestes por lo que voy a decirte, pero te garantizo que no notarás su falta dentro de poco.

—¿Qué dices!

—Como suena. El amor, hija mía, es muy relativo. Tú no has querido a tu esposo; no pongas esa cara; el amor no es cierto. Crees que lo que sentías por Gustavo era cariño; no seas ilusa. Yo quedé viuda y lo sentí, después... nada chica, nada, olvidé más pronto que ahora olvido la última cena con un amigo. Porque si bien te aseguras el porvenir con un hombre, en cambio estás «amarrada»; no puedes salir sin su permiso; no puedes ir descotada, porque te dice que has perdido la vergüenza; si miras a un hombre, te dice coqueta; si charlas con alguno cree que es el comienzo de un «flirt»; en resumen, chica, el marido es un engorro; por eso te digo ¡viva el amor libre! y es mejor chiquilla.

—¡No, no es mejor! ¡El me hizo muy feliz y su recuerdo ha de estar siempre conmigo! ¡Cuánto daría yo porque volviera a mi lado!

Y audaces salieron dos lágrimas a sus ojos que rodando por sus mejillas fueron a caer en su vestido negro en donde quedaron prendidas semejanado hermosas perlas.

Hizo Custodia un mohín de desprecio y alargando su fina mano de mujer aristócrata a María, le dijo de un modo sarcástico y cruel:

—Adiós, chica. Así no se hace vida. Yo tengo joyas por un beso, imfante.

Y saltó al coche acurrucándose entre las ricas sedas de dibujos chinoscos que inundaban su interior. Partió el carruaje al galope de los caballos, seguramente para conducirla a algún templo del amor, en el cual la dignidad y el decoro juegan papeles secundarios.

Y también, con vacilante paso, partió la pobrecita María que con santa resignación iba a la próxima casa del Todopoderoso a orar por el alma del hombre que con su amor la hizo feliz.

Fernando GARRES.

Almería.

Hacia el despeñadero

Es dolorosísimo ver cómo a diario aumenta considerablemente el número de esas mujeres desgraciadas que llenan las casas de lenocinio.

En parte, la culpa de que caigan esas infelices la tiene el lujo. Hoy todo el mundo procura vestir bien; puedan o no: el caso es vestir bien. Y estas pobres muchachas, para poder llevar unas medias de seda o un vestido bueno y vistoso, no vacilan en entregar lo que para ellas ha de ser el más preciado tesoro: el honor.

Y de ésta guisa, creen que la sociedad—la vil sociedad—no las ha de aceptar de ninguna forma. Están unos días, quizá unos meses, sin saber qué camino tomar, y vendidas por la desgracia, por el lujo —el afán de seguir vistiendo bien—se lanzan a la vorágine de los vicios con una sola ambición: la de ganar unas pesetas, a cambio de unas caricias falsas, con que seguir adornando sus cuerpos, que, ineludiblemente, han de ser pasto de hospitales y prostíbulos cada vez de peor estofa.

No son solas, precisamente, éstas que se venden por telas y joyas las que caen; también arriban a los prostíbulos mujeres casadas; casadas que sus maridos tienen la culpa de hacerlas llegar hasta estos extremos. La mayoría de esos esposos consecuentes ven en el matrimonio una manera de llevar a cabo los repugnantes vicios que han escuchado o leído en noveluchas groseras, sin temor a comentarios de mal género, puesto que nadie ha de enterarse. Poco a poco van haciendo perder el pudor a sus esposas; en vez de caricias castas, su lubricidad les hace que se vuelvan soeces, cuando, en la intimidad del matrimonio, deben callar sus ímpetus y apetitos desordenados que trocan en unas ansiosas de placeres turbulentos—ya que están prostituidas—a las que deben ser guías en los ásperos senderos de la vida de esos hijos que han de venir o los tienen. Esas madres, lanzadas de lleno en el vicio, sólo buscan otros vicios nuevos, exóticos, o vidándose por completo de hacer caminar a sus hijos por los senderos del bien.

No sólo de esto es la culpa, no; también las modas hacen «lo suyo». Los maridos «bondadosos» dejan a sus esposas que se corten el cabello a la detestable moda de lo «garçon»; son tan complacientes que por no decirles nada prefieren dejarlas maquillarse y que se depilen las cejas; no impiden que luzcan las piernas, los brazos, los hombros y algo más. Estas mujeres, en la calle, dichas que la primera vez la avergüenzan; a la segunda, se ruborizan un poquito por cubrir las formas, y que a la tercera vez escuchan complacientes y orgullosos de haberse hecho admirar por algunos hombres. Muchos de estos hombres, sabiéndolas casadas y viendo como enseñan sus carnes, creen que ellas van así por saberse hermosas y por agradar... Y hoy una, mañana varias, deslizan en sus oídos palabras, proposiciones... Y, quizá inconscientes, caen; y después, ya que están en la pendiente, ruedan, ruedan... hasta que la perdición es completa.

De todo esto, lo más grosero, lo más inhumano, lo que causa mayor asco hacia estas personas, son las madres desnaturalizadas que llevan a sus hijas, todavía precoces, ofreciéndolas al que mejor pague. Las exhiben, las visten y arreglan de forma que agraden un poco, y... a esperar que venga el comprador. Y a estas repugnantes madres les deben perseguir las autoridades, castigándolas; y que los castigos sean grandes, largos, cual merecen sus maldades...

Sigamos de esta forma; continúa la corrupción que existe... y las generaciones futuras nos maldecirán, iracundos, por haberles hecho que hereden una existencia débil, enfermiza y despreciable...

Vicente GUERRERO.

Antonio Villegas

«ABOGADO»

Cuestiones administrativas, Económico y Contencioso-Administrativas

Teléfono n.º 317.

Bufofe: Reina, 14, pral.—ALMERIA

CRONICA

La tumba vacía

Almería, la sufrida Almería, es, para el resto de España, algo así como una cosa inexistente, cuyo nombre se cita como sinónimo de pobreza o indolencia. No es, sin embargo, esta olvidada provincia, tan misera como se la supone, aunque bien es verdad que la inercia es un don—dón detestable—inhérente e innato a casi todo hijo de la «ciudad del esparto», cual muchos despectivamente, la califican. Esta efectiva pereza crónica es la única culpable del lamentable atraso en que se sume nuestra Almería. No será, desde luego, esa falta de progreso, debida a la ausencia de loables iniciativas y grandiosos proyectos, no. En estos casos, la fantasía meridional se agudiza en el almeriense, que expresa ideas estupendas, dignas de encomio, si esas ideas pudiesen tener realidad tangible. Pero, desgraciadamente, según es sabido por demás, la mayoría de los proyectos, después de ser acogidos calurosamente por todo el mundo y ser aplaudidos más calorosamente aún, son relegados a segundo término por otros nuevos, que no tardarán mucho en seguir el camino de los primeros. Afengámonos, sino, al no lejano de levantar una estatua a la memoria del que fue ilustre hombre público, Navarro-Rodrigo, que tanto bien hizo por Almería, y tendremos una prueba bien patente de lo que expreso. Si esta idea de agradecimiento, tan natural y tan lógica no se ha llevado a cabo, no habrá sido seguramente porque se haya tropezado con obstáculos materiales, tales como la falta de «metálico» y artífice que se encargase de la modelación de dicha estatua. Bien sabido es, por todos mis paisanos, que Nicolás Oliva, el escultor, según carta dirigida al Director de «La Crónica Meridional»,—carta que fue publicada en ese mismo diario—se ofreció, sin interés de ninguna especie, a llevar a efecto esta obra. Mucho habló de ella la prensa local; más sus voces, que, durante algún tiempo llenaron todos los ámbitos almerienses, fueron languideciendo hasta extinguirse por completo. ¿Cuál fué, pues, la causa que ha hecho acallar esa comprensible campaña, que tan activamente empezó? Nuestra inercia y nada más que nuestra inercia, la ya célebre «inercia almeriense».

A Almería, a la pobre Almería, se la comparó con una tumba vacía. Yo que, algo impulsivo, me sublevé ante la irónica comparación, no dejo de comprender la verdad que encierra.

Cuando, en estos días, ya pasada la típica «faena» de la uva, paseo por el puerto y contemplo, entristecido las azules aguas de la bahía, que apenas, de quince en quince días, algún que otro buque suele hender; cuando, con amagura, recorre mi vista los amplios andenes vacíos; cuando mis ojos, digo, se dirigen hacia la urbe, sin que mi vista distinga las altas chimeneas que anuncian la existencia de los grandes centros fabriles, una pena muy profunda, una infinita compasión hacia mi querida Patria Chica, envahe mi alma entera, y, entonces... entonces, yo mismo me pregunto: ¿Qué hizo, Dios mío, mi pobre Almería para verse en este esta.

Chulapismo

Uno de los vicios más arraigados de la sociedad española, es el chulapismo. El chulo se forma en todos los medios sociales, en las clases populares y en las más elevadas. Sus extragos los causa en la clase media, pues el señorito chulo es una de las más grandes calamidades.

El señorito chulo, cursa en el Instituto, emprende varias carreras que después abandona, roba a sus padres, es figura de relieve en burdeles de toda clase, alterna con «gentuza» en tabernas y alguna vez se ve conducido a la comisaría de vigilancia por escandaloso e inmoral. El final siempre es, estafa, o acudir al crimen, que hace tiempo dieron en llamarle «pasional».

El chulo tiene una manera de enamorar muy singular. Si cree no ser correspondido en su fugo de amor pronto retuerce el cuello de su novia, y esto, lejos de ser una pasión, es un egoísmo brutal. En el crimen pasional no hay más que sensualidad, falsificación del amor, explosión de un apetito brutal que no puede satisfacerse.

El chulo considera a la mujer como un ser inferior que tiene que serle fiel y obedecer y cumplir todos sus caprichos. Si no es así, si no obedece ciegamente ¡ay de ella! Pronto su falso amante se erige en juez implacable, y en verdugo. A sus ejecuciones se les llama «asesinatos por amor».

No. En los crímenes pasionales, no entra por nada el amor. Este es sacrificio y abnegación;

no venganza y deseo de exterminio.

En beneficio y por honra de la sociedad, conviene despojar a los asesinos de mujeres del colorido romántico con que cierta literatura depravada trata de adornarlo.

Hay que defender también a las hembras contra la tiranía de esos hombres chulos, hez de la actual sociedad española.

Carlos FORNOVI.



Toda la correspondencia y originales habrán de remitirse al Director, el que, en gracia a la espontaneidad de unos y al honor que nos dispensarán otros, conservará siempre a disposición de sus respectivos autores, aquellos trabajos que no se publiquen.



Señor Gobernador

De muchas formas y maneras sus antecesores dieron órdenes para castigar, no tan severamente como ya es reciso, a los conductores de automóviles que marcharan con exceso de velocidad. Algunos desaprensivos por muchas multas que les impongan, dicen que con ellos no va eso, y siguen creyendo que el Paseo del Príncipe es la carretera de Granada. Raro es el día que no se registra un atropello, que la mayoría de las veces tiene un desagradable desenlace. La vida de cualquier ciudadano no puede estar a merced del capricho de un conductor de automóviles.

Por deber de ciudadanía, señor Gobernador, urge una medida severa y justa que ponga fin a los caprichos de esos desaprensivos conductores.